II. HAYA DE LA TORRE. JEFATURA Y EXILIO

Para Alicia Lasanta

El aprismo, sin llegar al poder, fue la fuerza política dominante en el Perú, de 1931 hacia adelante. Por una treintena de años ejerció en las ánforas una presencia masiva, hasta 1963, fecha de su primera derrota electoral (Alan García, y la victoria de 1985, es otra historia[24]). Por su poder sindical, y en especial por la personalidad de su líder máximo, fue el partido hegemónico. ¿Es que Haya de la Torre mandó sin gobernar? Sugerirlo es casi como escamotear el problema esencial, sin duda escandaloso, que consiste en reconocer que durante medio siglo, el ciudadano más popular y político sin otro destino que el de su propio destino, no logró, no pudo, no lo dejaron llegar al poder formal. Situación esquizofrénica que pocos sistemas de gobierno han conocido en la América Latina, la escisión tan prolongada, tan compleja y llena de episodios y sobresaltos, entre legitimidad y poder formal, entre votos y gobierno, entre partidos de masas y Estado peruano. Si hay una constante es ésta: la oposición democrática del aprismo a todas las dictaduras. Lo terrible, lo complicado del caso peruano reside en que la llegada al poder del aprismo, partido nacido bajo un designio de partido único en los decenios turbulentos de los veinte y treinta, no garantizaba, por sí misma, la vigencia de la democracia. Si en sus días revolucionarios de tribuno popular, el fundador del aprismo se hubiera ceñido la banda presidencial, tengo la íntima convicción de que habríamos entrado a un régimen que sin duda habría expresado el sentir de las grandes mayorías, sin que ello garantizara días tranquilos para quienes se encontrasen en la embarazosa situación de minoría o de opositores. El modelo latinoamericano que lo inspira advierte que cuando un partido del corte del aprista llega al poder, tiene la incómoda propensión a confundirse con el Estado, asfixiando a la oposición y a la misma democracia. Es el caso del PRI en México. El rechazo o la adhesión a Haya, al Jefe, llevó al Perú a un "impasse" de decenios.

En consecuencia, resulta legítimo y hasta honesto señalar la dificultad de la presente semblanza, puesto que con Haya de la Torre entramos en la zona sagrada en donde se confunden razón y emoción, vida política y profecía social. No fue nuestro único líder carismático pero sí el primero de una galería de iluminados. El pueblo lo llamó simplemente Víctor Raúl, musitando su nombre como una plegaria en el secreto de la clandestinidad o a gritos, como una revancha, cuando el aprismo volvía a las calles y plazas del Perú. Con él,

Versión digital : Jorge Rojas Samanez, in memoriam

no nos engañemos, se inicia un tipo de jefatura que acumula roles, desde los mesiánicos y dramáticos a los más comunes en líderes políticos, la capacidad de negociación o la capacidad de expresar las demandas populares. Jefe indiscutido de los apristas, de la juventud a la senectud, fue considerado por partidarios y simpatizantes como algo más que un líder partidario, como un Maestro, un guía espiritual. Para unos, un rey sin corona, el paladín de un país prometido a grandes fraternidades, un pensador. Para otros, el agitador, el populista, la amenaza de una revuelta sanguinaria de la chusma y el populacho. Acaso eso explique por qué se le quiso tanto y también se le aborreció. Sus últimos electores, que lo plebiscitaron después de Velasco, sólo conocieron a un anciano fatigado, envuelto en liturgias cariñosas, "primer ciudadano" en la Constituyente de 1978, en las postrimerías de una vida, la mirada cansina. La leyenda de Haya de la Torre atraviesa el siglo XX peruano.

Persecuciones, exilios, de la legalidad a la clandestinidad, de la diáspora al repetido retorno al país de las dictaduras sempiternas y las elecciones interrumpidas, idas y vueltas, Víctor Raúl, decenio tras decenio, estuvo en el corazón de los humildes. ¿Cómo se funda un carisma? ¿Cómo nace un gran fervor popular? En Haya se origina en el brillo intelectual y en una vida de luchador social que no dejó a nadie indiferente. En los años veinte había aparecido en Lima ese estudiante de verbo encendido y fácil, de enorme capacidad de organización. La talla alta, corpulento de cuerpo, la nariz aquilina, "pichón de cóndor" lo llama César Vallejo, el perfil que conocieron generaciones de peruanos. Haya tenía el físico del oficio, "una fuerza de la naturaleza", escribe Marcel Niedergang, corresponsal de *Le Monde* que conoce al jefe del aprismo ya en la madurez. Venía esa figura pública de las batallas de la Reforma Universitaria, de la agitación gremial y estudiantil, líder de una conjunción de nuevo tipo, de estudiantes radicalizados y obreros anarcosindicalistas. La figura juvenil de Haya de la Torre había atravesado como un huracán el Perú de la primera postguerra. Deportación, fundación en 1924 del Apra en México. Las jornadas de la Reforma Universitaria, el movimiento que desde la provinciana Córdoba, en la Argentina, se propagó a toda la América Latina, produjo una serie de juveniles líderes universitarios que no vacilaron en extender su ayuda al rebelde. De ahí provino una red de amistad y apoyo continental, y cuando visitaba Buenos Aires, otra juvenil y despejada cabeza lo había llamado, proféticamente, "estudiante peregrino". Las iglesias protestantes también se interesaron por aquel líder de juventudes que acusaba a "la santa alianza criolla" compuesta, a su juicio, por la plutocracia latifundista, el ejército y "el alto clero católico". Así viaja por los Estados Unidos, por Europa, y se asoma a tres laboratorios sociales de esos días, México insurgente donde lo acoge Vasconcelos, la Rusia de los bolcheviques y Berlín donde presencia

el ascenso de los nazis. La caída de Leguía en Perú pone fin a esos años de aprendizaje. Un poco más tarde, ya en 1931, el Perú verá desfilar por sus calles, los batallones macizos, civiles y desconcertantes del aprismo[25].

Ante un Estado oligárquico incapaz de distribuir, aparece como el más connotado opositor, el gran rebelde. Nuevas clases sociales amanecidas en la arena política, medias y populares, aspiran a cambiar el modelo agroexportador tradicional por otro fundado en la industria y el mercado interno. A expropiar empresas extranjeras y latifundios serranos. A redimir al indio. A cambiar el Perú. El protagonismo de Haya, que hubiera sido también el de Mariátegui si a éste no lo arrebata prematuramente la muerte, se explica no sólo por la aparición de las masas populares sino por el proyecto de otro tipo de partido y de Estado. Su postura intelectual, consistente en adoptar el marxismo para la América Latina manteniendo una actitud cismática ante el comunismo, le atrajo seguidores como encarnizados detractores. Era el autor de una vigorosa herejía. La relación que esperaban establecer con el capital extranjero, de llegar al poder, discrepaba tempranamente de lo preconizado por los partidos afiliados a la III internacional. La diferencia con los comunistas era también tajante en cuanto al tipo de Estado, la representación de las clases y la idea misma de legitimidad: el fundador del aprismo quiso llegar al poder a través de las urnas. Su partido se hizo insurreccional cuando se le cerró ese camino.

Haya no fue solamente un pensador de la organización partidaria, aunque la estructura del aprismo que sobrevivió a persecuciones y cambios de orientación, es de por sí un gran acierto. Parte de sus escritos son económico-sociales. Otra buena parte gira en torno a una temática, para llamarla de alguna manera, filosófico-histórica. Le importó la historia de America, buscó inspiración en las viejas civilizaciones precolombinas, consideraba que había que deseuropeizar la lectura de la historia, daba un nuevo nombre al continente, el de "Indoamérica". Poco interesa ahora el acierto o la fragilidad de esos ensayos, sino la encrucijada en que fueron escritos: cuando era el dirigente de un partido al filo de la navaja, buscado infatigablemente por la policía del Perú. Durante los años cincuenta, prosperan en el mundo contemporáneo una serie de corrientes pesimistas, predicciones como las de Spengler sobre la decadencia de Occidente, o del inglés Toynbee en torno a la muerte de las civilizaciones. Discutir esas tesis, con artículos y monografías escritas en la clandestinidad, le permitió situar la propuesta aprista, su propia propuesta, no sólo en el campo específico de las naciones semicoloniales sino en el de las civilizaciones interrumpidas. Si el Perú es un país viable, parece decirse, es porque tiene una historia. Postura "culturalista", insistencia en la especificidad americana

(no se decía aún identidad), el "indio" pasó a ser un signo, en banderas y escudos apristas, y no sólo el propósito socioeconómico de remoción de la propiedad terrateniente.

El aprismo de Haya creció en medios cultos y, a la vez, en capas de asalariados. ¿Fue ése el secreto de su expansión? He dicho, en otro trabajo, que por la intensidad de la entrega de su fundador y del círculo de dirigentes sólo comparable al ardor misionero, a la fe que mueve las montañas, aquel movimiento fue una religión política, en el sentido en que lo entiende Raymond Aron. Tal definición, por mi parte, es un elogio y un distanciamiento. Pero en su día, literalmente fascinó a los observadores de la América Latina de la entreguerra, en particular a los norteamericanos como R.A. Humphreys y Robert J. Alexander, quienes no dudaron, el aprismo y su jefe eran el fenómeno más interesante y significativo al sur de Río Grande[26] (Antes de que aparecieran Perón y Fidel Castro). Tal vez el secreto de su arraigo está en que supo situarse en la encrucijada intelectual de su tiempo. Ante la vanguardia intelectual, supo absorberla y apropiársela, con raras excepciones. Hubo una esta-ción aprista hasta en el poeta César Vallejo, antes de la adhesión a la España republicana y al comunismo. Sin ser ajeno como se ha dicho a la crisis de la conciencia europea, pesaba preferentemente en su convencimiento la idea de América como fuente de salud colectiva, lo cual no lo convertía en un indi-genista. En otro orden de cosas, no renunció como Mariátegui al parlamento y las urnas, aunque no escatimara el uso de la violencia. Su partido mezcló, en dosis "carbonarias", la insurrección y el voto popular[27].

Haya o el viaje como aprendizaje. De joven había despreciado a los intelectuales que le precedieron, considerándolos contaminados por "cien años de despotismo oligárquico". Estaba en el aire del tiempo una necesidad de renovación y de hacer tabla rasa del pasado. Así, buscó maestros y guías bajo otros cielos. Se acercó mucho en su juventud a Vasconcelos en México, y él como Mariátegui, fueron a Suiza a visitar a Romain Rolland que se restablecía en una clínica; es de notar, un humanista apasionado por la fuerza del espíritu y la moral de la libertad (también se interesa por Gandhi, el líder hindú y sus métodos de resistencia no violenta, la "satyagraha"). Siguió al antropólogo Malinowski en Londres y a los fabianos ingleses. Más tarde se interesó por la ciencia y, en especial, por Einstein. Muy tempranamente fue uno de los raros espíritus en comprender que en política como en economía, el determinismo había periclitado. Pero esa lucidez no le ganó adhesiones, todo lo contrario. Para ser el líder de masas oprimidas de un país como el Perú, su intelectualismo fue considerado a menudo como excesivo.

Cualquiera tiene biografía, aquí hablamos de un destino. Su trayectoria hace pensar curiosamente en personajes de la novelística de la época, en Jean-Christophe, el genio incomprendido en la novela inolvidable de Romain Rolland. Haya o el alma encantada. En la personificación de ese mito de la juventud como fuente de rebeldía, uno de los mitos del mundo de la entreguerra, fue más lejos que nadie, no sólo porque en Oxford asombró como enfático disertante, sino porque prolongó el estilo de vida estudiantil lo más lejos que pudo. Fue un sudamericano cultísimo (como antes lo fueran Miranda o el mismo Bolívar), pero nunca alcanzó un grado académico, al margen de los "honoris causa" que se le atribuyeron. Siendo ya un hombre mayor y con varios decenios de asaltos al poder de Lima a cuestas, en el curso de una vida en nada convencional, volvió repetidas veces a la vida desinteresada y bohemia de estudiante, alojándose en hoteles modestos y residencias universitarias, sin importarle mucho que ya era el "presidente moral" del Perú, exiliado por las dictaduras, huésped ilustre de diversos gobiernos democráticos. Libre como un becario, alternando conferencias, la redacción de sus ensayos y en confrontación con otros grandes del espíritu, para los poderosos del Perú seguía siendo un temible personaje. Por estrategia, acaso por disgusto, solía alejarse cautamente del país, en particular en períodos de convalecencia política, como si su figura pesase en exceso en las preocupaciones de sus conciudadanos. Era entonces el otro Haya, tenaz viajero, curioso como un enciclopedista, estudioso de experimentos sociales: Israel, que le sorprendía porque no tenía ejército a la sudamericana; y los países nórdicos, donde hallaba ligada la eficacia capitalista y la solidaridad social. De este Haya, ya en su cincuentena, de su trajín por la Europa de la segunda postguerra, se conocen los artículos publicados en diversos diarios de la América Latina. El líder del aprismo insiste ante un público de sordos, que Europa iba a la comunidad del acero y el hierro más allá del encono nacional, que la economía mundial se organizaba en torno de grandes conjuntos o bloques de naciones, confirmando sus juveniles intuiciones. Y que la URSS no era el socialismo[28]. Esto decía el trujillano, treinta años antes de que se hundiera el muro de Berlín. En Lima se le leía como quien oye llover.

Extraña situación. Sin llegar al poder, y a la vez, mentor de una familia muy vasta de movimientos y partidos, como Acción Democrática en Venezuela, los febreristas de Paraguay, el MNR boliviano, en una línea que vagamente podríamos situar en "la izquierda democrática". Pasaban los años, se le respetaba y admitía, pero no había triunfado. En 1956 concluyen las grandes persecuciones. Durante veinte años, hasta 1968, y en realidad, hasta 1979, el aprismo compite con los otros partidos que calcaron su organización, sin lograr reproducir su intensa emocionalidad. Fiesta y tragedia, el aprismo pasó

Versión digital : Jorge Rojas Samanez, in memoriam

del dolor de la exclusión a la "kermesse" electoral con una facilidad asombrosa. Y aunque repetidas veces vaticinaron su desaparición, el viejo partido siguió existiendo, creciendo al consuno con un país político que no dejó de modificarse. Un país, hay que decirlo, que se desatendía de la prédica hayista acaso porque desde la revolución cubana habían comenzado a subyugarle otros cantos de sirena, y la juventud se echaba a soñar con rápidas y fulminantes Sierras Maestras.

El eterno exiliado, el presidente moral, vivirá una madurez sin persecuciones. Desde 1956 reside en el Perú. Es un hombre público reconocido. Pero, no sólo ha perdido la adhesión de las minorías estudiantiles e intelectuales sino que aparecen otros partidos pluriclasistas, otros líderes de masas medias y populares y el voto popular comienza a escasear. Para que el país retorne a la democracia y para que él mismo sea finalmente elegido presidente, su partido paga un precio muy caro que consiste en apoyar regímenes que no son los suyos, desacreditándose. En 1963, sobreviene la primera derrota electoral, ante Fernando Belaunde. En 1968, la revolución de los militares. El tiempo y la historia se le escapan. Y entonces, en la imposibilidad de comenzar la regeneración del país a su manera, se inventó otro, distinto, el país aprista. Cerrado una y mil veces el camino a Palacio, abre el suyo, el partido-escuela, el partido-taller, vuelca su vida al local de Alfonso Ugarte. Algún corresponsal extranjero dijo que para saber quién mandaba en Lima había que visitar Palacio, en donde estaba el gobierno, pero también la Casa del Pueblo, las oficinas de Haya, en donde se hallaba la verdadera autoridad, y en cierta manera, la legitimidad. Las entrevistas tenían que ser por la noche, Haya había guardado de sus años de clandestinidad el gusto por el trabajo nocturno, las largas veladas de conversación y las reuniones entre dos luces, y a ese ritmo, bastante singular, acostumbró a sus colaboradores e, incluso, al propio partido.

Cada tarde, después de la jornada, la Casa del Pueblo se encendía en actividad, con la reunión de los burós de coordinación, es decir, los mandos de una maquinaria partidaria que coincidía con el mapa del país, y también, de médicos, dentistas y profesionales apristas que brindaban servicios gratuitamente. Hasta que las bombas de Sendero no les obligan a atrincherarse, en cada distrito y provincia, se alzaba una Casa del Pueblo, comité, lugar de reunión, casa de primeros auxilios físicos y morales. Servicios, generosidad, cooperativismo. La otra gran actividad del aparato era el mitin. El aprismo era famoso por su disciplina, y ello se mostraba en el momento de reunir una multitud. Aquel partido, que había sabido complotar en los años difíciles, hacia los sesenta, en sus desfiles multitudinarios, conseguida la legalidad, tras una muchedumbre de rostros cetrinos y en mayoría de obreros urbanos y capas

populares, exhibía el cóndor de Chavín y la bandera de siete colores que atribuían a los Incas. Al lado de estos signos tomados a la simbología interna, peruana, otros, más internacionales, el pañuelo blanco al aire de gesto taurino, como los líderes de la difunta república española.

Hay una semiótica del aprismo. Lucir las banderas de los países latinoamericanos le ganaron una acusación de internacionalismo. La "marsellesa" abría los mítines, con una letra adaptada a la circunstancia peruana. En el mitin aprista, ante el compañero Jefe, fundador y guía, que ya no era tanto el amenazante tribuno de los primeros años sino un patriarca venerado, y el gran estadista que el Perú desperdiciaba, desfilaba el pueblo aprista en un orden admirable, representantes de provincias bajo sendas banderolas, corporaciones, gremios y oficios, batallones de mujeres y niños. El aprismo innovó en la política peruana y de maneras diversas. Fue, según la ocasión y la necesidad, una máquina sindical y electoral, un aparato de guerra cuando las persecuciones, el ariete de los excluidos y, en las pausas democráticas, una fiesta, un regocijo pueblerino, en donde no faltaron juegos de artificios y vivanderas. Una masa de banderas y banderolas, los apristas percibían su partido como una gran fraternidad. La cita aprista no sólo tuvo dramaticidad sino alegría. El aprismo no fue sólo un partido. En los años formativos fue una logia estudiantil, cuando se hizo multitud, una fraternidad. O como ellos mismos gustaban decirlo, "una hermandad".

Y Haya fue el verbo. Por encima de toda otra dignidad, el gran heresiarca de un culto multitudinario. Quien no lo escuchó en medio de la noche disertar ante una multitud ha perdido no sólo una de las lecciones magistrales que dispensaba, acaso con el placer recóndito de llevar el fuego sagrado fuera de los cenáculos y las capillas intelectuales hasta al pueblo viviente que lo necesitaba para orientarse en el laberinto del dolor peruano. Aquello era muchas cosas, información sobre el porvenir del partido, la marcha del país y del mundo, ante auditorios de centenares de miles. Esto ocurría cada vez que el Jefe volvía de sus giras en el extranjero, y a veces, sin que lo motivara alguna próxima campaña. Era el llamado a filas, el aquí estamos compañero Jefe, en las buenas y en las malas. El mitin público, la gran ceremonia del reencuentro, la multitud fascinada escuchando al "fundador, jefe y hermano mayor", era para el partido el momento climático, cenital, de sus esfuerzos. Una obra de arte. El aprismo no sólo llenó las plazas públicas como pocos lo hicieron sino que inició en ese rito colectivo al país cansino y desperdigado de las izquierdas intelectuales. La oración nocturna de Haya, como los períodos de calma o de persecución, rimaron nuestro peruano curso del tiempo y los decenios. La propia obra escrita del fundador[29] va de un mitin a otro, como si el destino de

la organización no fuera la captura del poder sino esas grandes misas civiles, a veces negras o rojas, según el ánimo y las circunstancias. Estafados en las urnas en 1932, el Jefe responde con un memorable discurso que preludia la clandestinidad y el martirio de millares de seguidores, y una desganada "jihad" o guerra santa[30]. En 1945, cuando reaparece, hay otra gran oración pública, la de la mano extendida, el discurso del perdón a sus perseguidores. En 1962, ante el comando militar que le niega la posibilidad de una elección presidencial por el Congreso, es el discurso del veto. Sendos momentos dramáticos, el verbo marcando la sucesión de recomienzos. El Apra nació con la palabra y sucumbió con ella.

Cabe preguntarse si el Apra, viviendo para el verbo, no trastocó su destino, al convertir en finalidad lo que tenía que haber sido solamente un medio, el manejo de masas, la retórica. La trampa del liderazgo populista es su gusto por el liderazgo mismo. Pero no es cierto que las palabras se las lleva el viento, que sólo queda lo escrito. El caso de Haya, y para el caso particular del Perú, fue una suerte de propedéutica de masas. Por ello, estas páginas, que intentan resumir ese "via crucis" sin encerrarlo en una definición, recuerdan que fue un arte de hablar a un público, una casuística y una pedagogía. El aprismo se inscribe en la memoria colectiva como oratoria sagrada. El antecedente de su liturgia callejera no son sólo los escritos de González Prada ni la lección de libertad de los marxistas ingleses sino la obra de los misioneros y los padres predicadores. El púlpito y no el trono. Los franciscanos y dominicos del XVI. Lujo de nuestra vida política fue tenerlo en esa improvisada cátedra, en los respiros democráticos. Haya disertó desde su juventud hasta la sosegada senectud de padre espiritual prohijando la difícil democracia de los años ochenta en la que no logra ingresar porque le cerró el paso un dictador del que nadie escapa, Cronos, el tiempo.

¿El verbo y no la banda presidencial? La sapiencia pero no el poder. El aprismo peruano guardará para siempre un perfume de desengaño. La noche aprista, que fue la noche de la persecución y el dolor, de las catacumbas, albergó diversos ensueños. Algunos de éstos eran incendiarios, feroces, mexicanos. Otros, se adecentaron con el pasaje del tiempo. En el curso del más prolongado cortejo del poder que partido alguno tuvo entre nosotros, un noviazgo añejo en el que se encaneció el siglo, no todo fue conspiraciones y bombardas, o fogatas en los cerros el día de cumpleaños del Jefe, también supieron sentarse en mesas de negociaciones los jerarcas de ese movimiento que tanto tuvo de leninista como de partido moderno. Seré el último, por mi parte, en criticar (pero tampoco en celebrar) la capacidad de negociación que luciera el jefe de los apristas y los suyos, acaso porque en este melancólico fin

de siglo vamos comprendiendo que toda política, si lo es, es compromiso, es acuerdo. Pero lo que ahora podamos percibir como la limitada verdad del quehacer político no es lo que sentían en carne propia las masas populares que entraron al aprismo como quien entra en un trance de religión de salvación. El aprismo fue la encarnación de una intransigencia, la ardiente convicción de los humillados, la carga final contra la exclusión étnica y la enfeudación. Era, finalmente, el arreglo de cuentas de un país con viejas heridas que llamamos Perú. "Tatuaremos con sangre la historia, nuestra huella pujante y triunfal". Estaba todavía fresca la ejemplaridad mexicana, y muchos años antes que Cuba, la historia estaba al filo del fusil popular o del machete de los cañeros norteños. Unos años más tarde, los mineros bolivianos tomarían a dinamitazos la ciudad de La Paz. El aprismo inicial fue una vela de armas, una milicia, en el sentido de Unamuno, un "agon", un combate o lucha. A partir de la formación de una célula en un barrio o en una fábrica, de la representación parlamentaria (en los raros casos en que esto fue posible, 1931, 1945, 1956), se entendía, para tirios y troyanos, que el país se hallaba al borde de "la gran transformación". Los oligarcas preparaban maletas y pasaportes, en el fondo de las casuchas populares se encendían las velas de la esperanza. La promesa de un gran fuego purificador.

Muchos sueños poblaron la noche aprista de las persecuciones, pero ninguno se cumplió. Nunca las farolas populares se mecieron con los cadáveres de los explotadores. No hubo los chicharrones gigantes que el Jefe había prometido un día de dolor en Trujillo. Ni tampoco, en el otro extremo del arco iris de la promesa populista, se cumplió el augurio de un país decente, con comida, techo y justicia para todos. No hubo Estado distribucionista, como en Argentina o en México. Ni victoria purificadora, aunque fuese corta y breve como en la Venezuela de Rómulo Betancourt o la Bolivia de Paz Estenssoro. Como el aprismo es parte de las fundaciones de nuestra vida moderna, influyente no sólo en los comicios, se comprenderá que nos interesemos aquí por los alcances de semejante frustración. La conducción del partido-movimiento, del pueblo aprista, no se cristalizó en institución, en formalidad, en presidencia.

¿El pedagogo devoró al estratega? En Haya, el de la privanza de unos pocos o el de la teatralidad de la escena pública –en la incansable labor pedagógica, ora en el círculo interno del poder partidario, ora en el patio de la Casa del Pueblo en Alfonso Ugarte, "urbi et orbi"–, lo esencial fue la palabra, que lo puso en el corazón de tantos peruanos durante medio siglo, y en el temor de muchos, tan cerca y tan lejos del poder, por abajo y por encima de la realidad, diestro en el embrujo del mensaje en los medios informativos.¿Jefe o Maestro?

Excluido de un mínimo gobierno de transición, inclusive de una alcaldía provincial, como si el sermón de la orden mendicante a la que perteneciera no fuese de este mundo. Presidente o nada. Y ello, por la fuerza de la voluntad popular, es decir, de las ánforas, en su versión de moderno Rey taumaturgo que quiere deberle todo a una consagración venida del pueblo de cholos, mestizos y zambos del Perú plebeyo. Acierto o error. Pero poco se entiende si se opaca o soslaya el papel del verbo, el culto redentorista y popular, el suyo y el de otros picos de oro del partido, en su familia política de apristas abundaron los grandes oradores, sólidos constructores de castillos de arena.

Tras su muerte quedó un partido, es verdad, cuya organización,"velis nolis", fue el modelo de montaje de casi todos los otros partidos del país; una contribución ideológica que necesariamente tuvo que contrastarse con la de Mariátegui y con los sucesos en el Este europeo que le dan póstumamente la razón. Acaso, queda también de pie el ejemplo moral de su desinterés material, porque en la casa de Chaclacayo que le ceden unos rumbosos sobrinos ricos al Jefe octogenario, morada siempre abierta y llena de libros, había lo mínimo para vivir, como si la provisionalidad que había aprendido en la vida de estudiante perseguido en la mocedad, de exiliado y profeta errante en la madurez, no le abandonara ni en esos años de pacificada vejez en que ningún piquete de policía ni comando militar osara ya volver a perseguirlo, acaso sin otro lujo que la conversación con la gente de la vieja guardia y con los jóvenes discípulos. En sus últimos años se dedica a una "escuela de dirigentes", en el local de Alfonso Ugarte. "El viejo jamás faltaba, nunca llegaba tarde, no perdía el interés por lo nuevo, ni rehusaba una polémica, solía encargar libros recién publicados" (Guillermo Thorndike, *La revolución imposible*[31]). "Té en la medianoche" porque "los humildes visitantes no habían comido". Como la educación escolar y universitaria de los peruanos "era un desastre", había decidido formar él mismo los cuadros jóvenes de su partido, buscando entre ellos, como un rey antiguo, al posible sucesor. Una densa multitud lo trasladó un entristecido día a Trujillo, a su tierra natal. Sobre su tumba los apristas han colocado una lápida elocuente: "Aquí yace la luz".

Las ideas

El nombre de Haya permanecerá asociado a la historia de las ideas políticas en la América Latina por un par de cosas. De un lado, la idea de la necesidad de tomar en cuenta, forzosamente, las relaciones globales del subcontinente con su poderoso vecino, los Estados Unidos. Del otro, la organización de un partido

multiclasista, que pareció gran novedad en sus días, una herejía en los días de los partidos clasistas dictaminados por Moscú. Al intervencionismo norteamericano llamó imperialismo. Definido como un fenómeno global que debe recibir una respuesta global, el imperialismo constituye un precepto esencial del aprismo que lo considera tanto incentivo como un solo destino, pues la respuesta a la agresión exterior, múltiple e inevitable, deberá producir una unificación, Indoamérica. Uno de sus fundadores, filósofo, trujillano y aprista de la primera hora, Antenor Orrego, había lanzado la idea de un "pueblo continente". La tarea no podía ser confiada a las oligarquías, socias menores del gran capital internacional ni a los partidos comunistas, manejados a gran distancia por los dictados de la Internacional. Añadiré una tercera idea-fuerza: la extensión de la democracia a contenidos económicos y sociales.

Fue Haya el campeón de un antimperialismo razonado y activo. Como el propio Marx, el peruano no pudo reprimir una cierta admiración por ese capitalismo que esperaba combatir y modificar en su versión salvaje. El fenómeno del imperialismo era conocido desde los trabajos de Hobson, que retoma. Era evidente la extrema dependencia de las economías latinoamericanas ante el flujo de capitales "yankees", que substituían, después de la primera guerra mundial, al capital inglés. El Jefe del aprismo no fue un antimoderno, con el capital extranjero llegaba también la técnica, el progreso. Sostenerlo en ese instante en que las economías ignoraban el grado de interpenetración de nuestros días, era un atrevimiento. Había que reducir, pensaba, los aspectos hegemónicos del gran capital internacional, no prohibirlo: contenerlo. En su experiencia personal, de trujillano nacido en una vieja y noble familia, había visto humillarse a los antiguos señores ante la Negociación Casagrande, la inmensa plantación cañamelera que ahogaba a los propietarios locales. Capitalismo agrario despiadado y anónimo: los capataces reemplazaban al patriarcal patrón de antaño. Hay una inspiración agrarista en el antimperialismo versión Haya[32]. La ideología de ese primer aprismo cabe en esta palabra: resistir. Una resistencia de "varias clases". El modelo trujillano de su adolescencia: proletariado rural + clases medias de la ciudad provinciana, enajenadas por la intrusión de una empresa transnacional. El Estado aprista es concebido como un Estado parachoque, un Estado negociador[33]. El sostener que el ingreso de capitales extranjeros no conducía forzosamente a la dominación, constituía un cisma ante el credo marxista entonces en el zenit de su pretensión a la universalidad.

Este no fue el único problema estratégico que enfrentó el fundador del aprismo. También estaba el de la coordinación o no de sus acciones con Moscú, con la que los apristas peruanos y sus émulos en otros países, como se sabe,

rompieron tempranamente. En el período de entreguerra, debates de este orden surgieron por todas partes, socialistas y comunistas franceses se separarían para siempre en el Congreso de Tours, y en Alemania y en España, en Chile y en la Argentina, los núcleos de lo que vendrían a ser los partidos comunistas tomaban distancia de los socialistas reformistas, considerados tibios y claudicantes. Era preciso construir "Estados-apristas", para lo cual es necesario hallar, en cada caso, los agentes históricos de "la gran transformación". ¿Qué es el Apra? La convocatoria de Haya incluye a trabajadores, campesinos, estudiantes, profesionales, intelectuales y gente de las capas medias, el llamado a la adopción de reformas sociales y económicas, la extensión de la democracia a sus aspectos prácticos, y el enfrentamiento a la oligarquía como a los comunistas. La identificación de los agentes sociales cargados de historicidad, vale decir, de aquellos que llevan consigo un proyecto de nación revolucionaria, lleva a Haya a proponer reunirlos en un "frente único de lucha", idea contraria a la de "clase contra clase". El sentido de estas ardientes polémicas sudamericanas se inscribe en el clima del mundo de la primera postguerra. Era un clima de vísperas, de negros presagios, de polarizaciones extremas. A Haya no lo combate únicamente el sectarismo de sus contemporáneos sino la deshora. Por los mismos años Mariátegui había enviado a la reunión de la filial de la III Internacional, en Buenos Aires, un delegado y un proyecto sensiblemente parecido. Como se ha señalado, tanto Haya como Mariátegui, siendo rivales, eran poseedores de proyectos igualmente cismáticos, vistos desde la perspectiva del comunismo ortodoxo[34]. El eco de la polémica fue recogido por G.D.H. Cole, un profesor inglés, socialista fabiano que como muchos universitarios ingleses había conocido personalmente a Haya de la Torre a su paso por Oxford y que mantuvo siempre una gran admiración ante su independencia de espíritu (*History of Socialist Thought*, London, Mac Millan, Vol. IV).

Se escucha con mucha frecuencia decir que los demócratas y partidarios de economías abiertas son, en política, blandos y moderados. No es el caso de los apristas que de 1931 a 1956 constituyen el partido insurreccional en Perú, y no los comunistas. Por lo demás, enfrentados al ejército y a la oligarquía, competían en la vertiente conservadora con imitadores del fascismo europeo que les cerraban la calle y los votos; en 1931, su mayor rival fue un partido de masas, de camisas negras, que levantaba el brazo en alto, el brazo derecho. Obligados al complot y a la resistencia (de Sánchez Cerro a Manuel Prado, de 1932 a 1945; de nuevo fuera de la ley entre 1948-1956), cerrada la vía legítima al poder a través de las urnas, élite política y a la vez parias del Perú legal, se les empujó a jugar el juego del eterno partido conspirador, aunque no dejaron de clamar desde cárceles y exilios por elecciones libres y limpias. Acaso esto

explica, con mayor vigor, la virulencia de los comunistas latinoamericanos ante Haya. El aprismo insurreccional era una herejía democrática.

La propuesta de Haya daba forma a un cierto nacionalismo económico, a la búsqueda de identidad nacional y continental propia de las élites latinoamericanas y a la crítica moralizante de una generación ante el desastre de cien años de vida republicana. Discrepó ardientemente de los sectarios de una cierta "latinidad". Estuvo lejos de la defensa cerrada de la herencia europea, aunque se escucha en su pensamiento el eco de otras maestrías. Fue coetáneo de la prédica indigenista, sin seguirla enteramente. Hay que decir, sin embargo, que el uso de una simbología indígena que caracteriza al aprismo, cóndor de Chavín, banderas del Tahuantinsuyu, las frases en quechua que abrían los discursos de Haya ante sus acólitos, han confundido a más de un politicólogo europeo. Error, el aprismo no fue un nativismo. La implantación del voto aprista provino de las ciudades y regiones más activas, "el sólido norte", y en realidad, el voto por Haya se situaba en la fracción popular pero moderna del país, ya que el sufragio de los analfabetos, en su gran mayoría campesinos indígenas, es de 1980. Y entonces, Haya ya no era de este mundo. Esa simbología tuvo otro significado, que pueda no interese a observadores extranjeros, pero sí a nosotros. El aprismo se constituye en nuestra tradición revolucionaria, dada la deriva totalitaria de los comunistas a la muerte de Mariátegui, como se sabe, hipotecados al Comintern, a la URSS, a una iglesia universal, al marxismo-leninismo, a un internacionalismo que en muchos casos careció de arraigo, mientras los apristas, más atentos al rumor local, serán los naraoidas y los insurrectos de ese ciclo de historia, con levantamientos rurales como en 1932; y urbanos en 1948 (Para la reconstrucción de una tradición socialista, las izquierdas tuvieron que esperar los años setenta, los trabajos de Flores Galindo, recuperar Tupac Amaru II y lo popular, e intentar establecer una tradición revolucionaria que no fuera aprista).

Haya, por lo demás, eludió otra trampa mental, el repudio sin matiz de lo norteamericano. Por muy paradojal que aparezca, el teórico y hombre de acción que librara una batalla de decenios por remover las relaciones entre la América Latina y el coloso del norte era, culturalmente, un gran admirador de la civilización que otros intelectuales habían llamado sajona. Fue en los Estados Unidos y en el mundo universitario y político británico en donde tuvo sus más comprensivos y tolerantes interlocutores. Sus ideas, raro caso de originalidad en un continente que había vivido a la sombra de los pensadores europeos, a lo largo de decenios de pugna y enfrentamiento ideológico, terminaron por confundirse con las de muchos de sus adversarios, al final de lo cual, aquellos que decían oponérsele o ignorarle, concluían por repetirlo.

Es cierto, sin embargo, que en lo que concierne a la realidad del Perú de los sesenta, el último Haya comienza a desleer el imprevisible país de la informalidad y las economías clandestinas, pero por otra parte, se mantuvo fiel al postulado de la superioridad de la legitimidad democrática sobre aquella que se podía adquirir en la lucha armada, un punto en que nos cegó a muchos la ejemplaridad cubana. Patriarca democrático que no cesaba de reclamar a los generales de Velasco elecciones libres y la autoría de muchas de las reformas, las nuevas generaciones vieron en él un respetable conservador que supeditaba la lucha contra la pobreza a un régimen de libertades. En realidad, la postura socialdemócrata del anciano líder nos llevaba ventaja. Y en un campo decisivo: la institucionalidad política.

El tercer volante de su contribución es la defensa del ideal democrático. No era, por cierto, un liberal, ni sus seguidores ejemplo de tolerancia y ecuanimidad. La guardia personal del Jefe, "los dorados", uno que otro atentado y crimen político (Sánchez Cerro, la familia Miró Quesada, Graña), la capacidad de los comandos apristas para romper asambleas de obreros de izquierda hostiles, la predilección por la camorra y la cachiporra no son gestos sin significación. Pero, cómo negarlo, a la cabeza de un partido de comportamiento autoritario, Haya luchó, en las grandes maniobras nacionales, y durante decenios, por y no contra regímenes democráticos. Quiso la democracia aunque añadiéndole algo que garantizara su arraigo popular. Se discutió mucho su proyecto de "democracia funcional", se vio en ella una reminiscencia corporativista. Tres generaciones más tarde, un joven investigador señala, "la terca búsqueda de mayores niveles de participación en la sociedad y en el manejo del Estado, en el lenguaje de Haya, se llama democracia funcional"[35]. Como siempre, el reconocimiento resulta tardío. En sus días, ésas y otras iniciativas conducen al jefe del aprismo a una mortal polémica con las izquierdas marxistas. El malentendido merece comentario. Mientras en la "intelligentsia" la inevitabilidad de la democracia tardó en abrirse paso, Haya de la Torre desde los años cincuenta insistía en la verdadera naturaleza del poder en la URSS a la que trató, sin miramientos, de imperio. A diferencia de muchos marxistas y hombres de izquierda, no fue la invasión de Checoeslovaquia la que lo defraudó, sus reparos eran muy anteriores. Ante el experimento bolchevique había extraído la sensata lección de la especificidad de esa revolución, a su juicio, inexportable a otros espacios históricos. Discutía no sólo el camino revolucionario sino el modelo final. La temprana ruptura con el Kremlin se acrecentó hasta llegar a negar incluso un carácter aproximativamente socialista al experimento soviético, prefiriendo tratarlo, treinta años antes de la Perestroika, como "capitalismo de Estado". A muchos de los que le leímos y le escuchamos por esos años, la admonición del comentarista

internacional Haya nos parecía más una reconversión, otra voltereta del político Haya, una ruptura premeditada con su pasado insurreccional, un paso hacia la respetabilidad y hacia la Casa de Pizarro. Su fidelidad a la democracia parecía una excusa. Nos equivocamos. No era una vuelta al pasado sino una anticipación.

La crítica de Haya al paradigma soviético, formidablemente temprana, la paga muy cara. En el país, la lucha por un régimen representativo no alcanzó a convertirse en mito movilizador y acaso eso explica que se alejaran desde los sesenta los jóvenes y los intelectuales. En el exterior fue aún más grave: la imagen del aprismo se empañó en los medios internacionales que consideraron a Haya y a los apristas como anticomunistas primarios. Estaba viva y activa internacionalmente la ortodoxia comunista y las apreciaciones del peruano ante la URSS le valieron una celebridad de macartista tanto en medios europeos como latinoamericanos. Para la vanidad europea fue extremadamente difícil admitir que un pensador nacido en Trujillo del Perú acertara ahí en donde se equivocaba Jean Paul Sartre[36]. Haya no dejó de afirmar que el modelo soviético era impresentable y el valor inconmovible de las libertades. La Unión Soviética no era ni el modelo ni la última palabra. La caída del muro de Berlín y los acontecimientos extraordinarios de finales de los ochenta no hubieran sido, para él, ninguna sorpresa. Víctor Raúl Haya de la Torre desaparece de la escena política cuando los acontecimientos mundiales comienzan a darle palmariamente la razón. Lo que nos parecía conservadurismo en los años sesenta, pasaría hoy por pragmatismo, apertura de mercados, libertad. Pero Haya no habría hecho un presidente liberal, confiaba en el mercado pero también en el Estado. Es decir, un cuerpo jurídico sólido e independiente.

Las ideas de Haya no son solamente conceptos, no corresponden únicamente a la historia intelectual al irrigar un país, y diría, configurar el sistema de representación de la vida política misma, válido para una gran mayoría de peruanos. Una parte de su designio quedó incumplida, el institucional, dado que el Perú, insisto, no conoció un verdadero Estado populista, ni a la boliviana ni a la mexicana. El aprismo fue un partido-sociedad, no un partido-Estado. Pero es precisamente en ese orden de cosas, el simbólico y el societal, en donde cabe examinar su importancia. En el de la difusión de las innovaciones, en lo que el sociólogo Simmel llama la acción social de las “formas”. Reflexionemos. Los apristas, sin haber logrado llegar al poder con su Jefe a la cabeza, sin duda a despecho de sí mismos, dieron nacimiento a un sistema pluriclasista de partidos que los combatió y en gran parte los arrinconó, tanto desde la derecha moderada como desde una izquierda que descubre las ventajas de la legitimidad electoral entre 1956 y 1990. Más claramente, otros políticos percibieron

la eficacia del modelo pluriclasista de Haya y a su vez se lanzaron y organizaron partidos que no fueron "apristas" por el programa, pero sí por los mecanismos de organización y la búsqueda de carisma. No sólo la doctrina estatizante quedó flotando en el aire. El liderazgo de Haya fue imitado, como suele ocurrir en estos casos, en sus peores vicios y defectos, y no sólo en su propio partido. En los años noventa, acaso como un homenaje póstumo, la política peruana acrecentó unos contenidos personalistas que no se interrumpieron cuando llegó, después de un ciclo de populismo, la hora de los salvadores neoliberales.

El aprismo, centralidad y dificultad

El aprismo es el tema inevitable si se quiere comprender el siglo XX peruano. Seré más claro, es el hecho maldito. Por analogía, el equivalente del peronismo en la vida argentina, del fascismo en Italia y en Alemania. Es decir, un hecho central, múltiple y solar, dicho esto sin menoscabo de simpatía o diferencia. Insisto, ninguna meditación o exploración sobre el poder y las ideologías, la marcha o interrupción de las instituciones democráticas, el origen y el fin de las dictaduras, la ruptura y continuidad de la historia en el marco cambiante de la inconclusa nación peruana del presente siglo, puede prescindir de Haya y del aprismo. La importancia de este tema sólo es comparable a su dificultad: prolongada presencia del fundador, de 1923 a 1979; naturaleza proteica del aprismo; variedad de clientelas; círculo interno de dirigentes; maquinaria electoral; y finalmente la herencia: la vocación carismática.

No avanzaré, sin embargo, sin discutir dos interpretaciones al uso[37]. Es cierto que el Apra como frente de carácter continental se quedó en la lista de los buenos deseos. Y que antes de Haya, el caudillo Piérola también llenaba las plazas. Pero eso es desdeñar un dato esencial, con el aprismo no sólo aparece la solicitud de un electorado realmente nacional, aunque fuesen pocos los votantes hasta 1945, ni sólo la movilización, sino el reclutamiento no-plutocrático de la clase política. Eso me parece un acontecimiento capital, la "plebeyización" de la política, que dejó de ser honorífica y pasó a ser retribuida. Es incuestionable que el Perú ingresó al siglo XX, entendido como siglo de masas, nos guste o no, con el aprismo, primera organización específica en la que pueden distinguirse militantes y simpatizantes. El aprismo aparece como el primero en contar, como los comunistas, con profesionales de la política. Fueron novedad desde la sociología de las organizaciones, y ello

radica en la transformación de sus convertidos en el seno de la organización[38]. Luego, otras organizaciones no han dejado de asimilar y cambiar a sus militantes, de arriba a abajo.

Otro ejercicio de reducción, uno de los más frecuentes y engañoso, es meterlo en el saco de los populismos. Si el pluriclasismo y la adhesión emocional a un líder los cataloga como tales, ¿qué distingue a los apristas de los acciopopulistas, y de otras izquierdas y derechas? Todos los lideratos en Perú son emocionales y multiclasistas. Entonces, ¿todos apristas o populistas? Lo curioso es que coincidan en esta categorización Guy Hermet de la Fundación de Ciencias Políticas de París y Sinesio López de la Universidad Católica de Lima[39]. En ambos, populista quiere decir lo que no les gusta. En un observador europeo, y Hermet no es el único, populismo es sinónimo de confuso y cuasifascista, dejándose ver el disgusto de las democracias liberales ante fenómenos con cargas muy grandes de irracionalidad y demagogia. En Sinesio López también es disgusto, pero desde la izquierda peruana, que vio en el aprismo siempre una usurpación, y entonces el populismo no es rechazado por extremista sino por conciliador, "por sus relaciones políticas de prebenda y clientela y políticas distribucionistas y de subsidio". Curioso razonamiento que más parece condenar al régimen de Alan García, a Velasco, a todos, que al aprismo histórico.

¿Sólo el aprismo salvará al Perú? El variado rostro

El aprismo peruano ha sido, efectivamente, muchas cosas. Una epifanía trujillana, un voluntarismo que se diferenció de Moscú, un racionalismo programático que se luce en las justas electorales, cuando las hubo. En los días álgidos y siniestros, una voluntad salvacionista. "Peruanos abrazad la nueva religión, la Alianza Popular conquistará la ansiada redención". Un trasiego, un reacomodo de fuerzas, una presencia que fue cambiando de significado, como si el origen social de sus electores, mezcla de inconformes y plebeyos, a medida que el país iba produciendo mecanismos de integración –en los decenios de vacas gordas que preceden a la gran depresión de los ochenta– se trastocara en un partido de clases medias y obreros con trabajo, de ciudadanos en suma, y en consecuencia, cada vez más lejos, pese a los pujos populistas, de la creciente masa de pobres y de excluidos.

Al aprismo histórico adhieren sindicatos y corporaciones, obreros textiles y médicos, en nombre de la mejora social, pero esto no lo hace un simple

partido reformista. En la organización circulaba gente encendida, muchos apristas habían llegado a la militancia en nombre de valores, algunos de ellos pasaron años en prisión por el solo delito de su militancia, otros en el nombre del partido practicaron el tiranicidio. Y unos más y otros menos, todos apristas, dinamiteros y tranquilos concejales, conspiradores y notables provincianos. Dos almas, dos temperaturas, la reformista y la violenta. Oportunistas y ascetas, iluminados y maniobreros, burocracias ávidas y clientelas respondonas que aspiraban a mayores ventajas. Don Quijote y el bueno de Sancho. Príncipes de la palabra como Manuel Seoane y redondos compañeros norteños, esperanzados y joviales. Fue una fraternidad singular, sufrida e ilusionada, enfrentada a la oligarquía y al ejército, lo que da una idea de su desafío, y tanto prohibida como autorizada, no alcanzó a hacer elegir a la presidencia a su Jefe máximo, pero no hay que deducir de ello que la empresa fue inútil. Fue simultáneamente la expresión del ascenso social de capas más bien pragmáticas y mundanas. Un mesianismo para algunas centenas de miles de militantes, para otros, simples simpatizantes y clientes, primer partido peruano de masas que acertó a poner en marcha mecanismos distribucionistas.

Es evidente que el aprismo transita de una postura radical, de una exigente moralidad interna, a otra más tibia, y todas las conjeturas son posibles. ¿De tanto combatirlo, el orden tradicional habría comenzado a morir y Haya no hizo sino acomodar, dada la aparición del multipartidismo, su opción a un mercado electoral que rechazaba los partidos de tipo leninista? Suele olvidarse en los reproches a la "traición" del aprismo, el mencionar la exigüidad de votos recibidos por las organizaciones ultraizquierdistas que asumieron las olvidadas banderas. ¿Realmente el anciano tribuno las había olvidado? La población urbano-moderna, el gran elector del país anterior a 1968, ¿realmente estaba interesada en una radical reforma agraria?

Acaso la plebe urbana se volvió esquiva y volátil como lo intuye Carlos Franco para un tramo posterior, para el posthayismo, de García a Fujimori. Sea como fuere, quien quiera abrazar de una sola mirada aquel movimiento que no cesó de modificarse en vida de su creador, mirando sin complacencia y también sin regateos, admitirá su singularidad. No fue, ni en los momentos más socialdemócratas, una simple máquina electoral de llenar papeletas en las urnas. Es como si el aprismo, en tres o cuatro decenios, siguiera la tendencia que asegura que los partidos de masas se vuelven parlamentarios y moderados a medida que se llenan de clientelas, de adhesiones variadas y contradictorias corrientes de intereses, la clásica tesis de R. Michels acerca de los contenidos oligárquicos de las democracias. Siendo un partido de técnicos, fue un partido

de imprevisibles salidas, como si lo habitase el alma difícil de los diversos barros humanos del Perú. Es cierto, por lo demás, que en el aprismo nunca estuvo claro lo que en él predominaba, si lo popular o lo revolucionario (se lo dijo tempranamente a Haya de la Torre el cubano Mella). Así, tuvo élites, es decir, vieja guardia, fundadores que llegaron a asumir un género de vida sacrificado y tuvo electorado de clases medias y populares en ascenso, expresión de aspiraciones más convencionales y triviales.

El aprismo, minoría apasionada

El aprismo fue, a la vez, ghetto y pueblo, élite y masa. Del partido tuvo el sentido de la organización y algo más. De las religiones seculares la "convicción apasionada" (Raymond Aron). Me refiero al gran proyecto utópico o sectario de cambiar no sólo las estructuras sociales sino la vida de los peruanos. El ideal de una minoría ascética y guerrera resalta en las célebres cartas de Haya en prisión: la comparación que busca es con la oficialidad del reconstituido ejército alemán. Son elocuentes, por otro lado, los lemas sacrificales y agresivos: "Sólo el aprismo salvará al Perú". Y más popular: "Te cuadre o no te cuadre, el Apra será tu padre". Hay que considerar el aprismo histórico como un estado de ánimo, una pasión por la que se mató y se supo morir. Hubo centenas de militantes que prefirieron pasar largos años en las temibles prisiones del Perú con tal de que el compañero-Jefe quedara a salvo y en libertad. Una "comunidad emocional". Fidelidad inconmovible del "sólido norte" de La Libertad y de Lambayeque, de secciones y células repartidas en el territorio. Hay que evocar la adhesión de las masas obreras, la CTP (Confederación de Trabajadores del Perú) que, incluso bajo dictaduras, contribuyeron a formar.

Hay que decir que no está claro que Haya siempre haya querido una revolución sangrienta. Sus grupos armados se llamaron "defensistas". En cuanto pudo, el partido recuperó las calles. Tal vez el aprismo en su marcha dolorosa descubrió los mecanismos populistas y, en consecuencia, pasó a importarle la movilización, y no sólo, como se ha dicho, la representación formal de las capas emergentes. La definición del aprismo como un reformismo electoral se queda, pues, corta. Es más, hay momentos en que a Haya parece no importarle la autoridad formal, como si de la suma de exclusiones a la que lo arrinconaron, de su personal prestigio y de la maquinaria partidaria, estuviera naciendo otra forma de legitimidad, "a Palacio llega cualquiera...".

El aprismo, maquinaria electoral

En fin, el tema electoral merece atención. ¿Cómo en una democracia cada vez más masiva pudo el viejo partido, fundado en los veinte, lanzado en los treinta, mantenerse en la cresta de la ola? Si dejamos de lado la mitología aprista, alimentada curiosamente por los analistas marxistas peruanos y extranjeros que le atribuyen la representación de "la pequeña burguesía", y Touraine ha mostrado el poco sentido que tienen esas calificaciones para sociedades como las nuestras, se puede divisar mejor la composición progresiva del aprismo electoral. Haya insistió mucho en su propósito de constituir "un frente de clases oprimidas", pero aquello fue más una meta que una realidad. El Perú de los años treinta y cuarenta era un vasto país campesino, y exceptuados del voto los andinos, por analfabetos, no contaron. El aprismo fue todo lo popular que se podía ser en un país profundamente segmentado y rural. Quisiera en cambio insistir en su carácter minoritario. Descontado el hecho electoral (vencieron en 1945, 1956, 1962, 1978 y 1985), sostengo que expresaba un abanico de minorías claves, estudiantes y profesionales y obreros urbanos, es decir, sectores instruidos. Ello chocará a los habituados al tópico. Pero no hay más remedio que contradecirlo. El aprismo comenzó por implantarse en la parte más moderna de la estratificación social, la "intelligentsia" y los obreros urbanos, y el norte costeño, con tradiciones de libertad y trabajo asalariado[40].

Ahora bien, nada de lo descrito, ni la admirable disciplina que le permitió sobrevivir a tantos períodos de exclusión y persecución, o el relativo cuidado que tomó en la protección de sus dirigentes, ni el carácter territorial de la red de locales apristas, debe hacernos pensar que estamos ante un partido convencional, y menos de "izquierda democrática", acorde con las normas de los que actúan en una democracia tolerante. Entre otras razones, porque la sociedad peruana expresó parte de sus comportamientos, de tipo autoritario, en esa entidad que la encarnó con mucha justeza. Al lado de la conexión que establecieron entre el esquema organizativo y la población, entre representación y clase, en la que fácilmente reconocemos comportamientos modernos, establecieron otros, de orden arcaico. Me refiero al culto indiscutido a Haya que en parte lo protegió y en parte, al exaltarlo, negaba las finalidades igualitarias y hasta libertarias del proyecto mismo.

Principio monárquico y herencia mesiánica

¿Fue el aprismo una socialdemocracia bajo un imperativo mesiánico? Volva-

mos pues al fundador, y hasta su muerte, líder sacrosanto, eterno presidenciable, Papa infalible de una religión secular. Para describir tan singular principio de legitimidad, no sujeto en caso alguno a negociación y que ejerciera Haya sobre sus seguidores, en otra ocasión, en mi tesis sorboniana, me he servido de una metáfora comprensible, "el principio monárquico", que algunos invocan en Lima sin citarme[41]. Importa poco saber si esa constante fue obra de un capricho narcisista o de una necesidad estratégica, si la motiva el substratum autoritario de la cultura peruana, doblemente jerarquizante en la raíz india y criolla. El aprismo, tan moderno por otros aspectos, jamás puso en duda la suprema conducción de quien lo guió incuestionablemente del alba al ocaso como un César antiguo. ¿Cómo pudo establecerse un principio jefatural en una entidad que había nacido como una hermandad, en la que Haya, en los inicios era, ciertamente, el líder, pero sólo un "primus inter pares"? Sin duda, la persecución bajo el general Sánchez Cerro, bajo Benavides, bajo la dictadura civil o blanca de Manuel Prado, es decir, de 1931 a 1945, y de nuevo, de 1948 a 1956, contribuyó ostensiblemente a modificar lo que en en otra circunstancia histórica y ante otros adversarios que no fueran los autoritarios conservadores de la clase alta del Perú, hubiera generado, como en los radicales y socialistas chilenos, un partido más normal, en donde el Jefe no habría importado tanto. Pero no fue así. Si es que resulta excesivo decir que la oligarquía inventó el aprismo, no nos alejamos de la verdad si afirmamos que en todo caso, el tirano Benavides trajo métodos inspirados en la policía italiana del Duce para perseguirlos, tanquetas, perros, guardias de asalto, y de esta manera, el aprismo le debe "el principio monárquico". Haya no tuvo más remedio que esconderse y mandar "desde abajo".

Poco importaría todo esto, cosas del pasado, si no fuese que ocurrieron en el partido más moderno, que ha inspirado el estilo mismo de la vida peruana y, en consecuencia, los efectos se dejaron sentir en el conjunto del Perú contemporáneo, y por los caminos de la mímesis son parte de algo de nuestra perniciosa herencia. La monarquía invisible de Haya significó su endiosamiento, y en el aprismo, que fue nuestra ocasión de modernidad política, la instalación de rasgos perversos y en el fondo conservadores: verticalidad, aislamiento, concepción heroica, todo lo que venía un tanto a contradecir la voluntad democrática: las urnas, la consulta, los cambios por la vía de la razón.

Ciertamente, el aprismo sobrevivió. Pero se puede entender sus dificultades para adaptarse a un juego democrático que, por el decenio de los sesenta, con una oligarquía renovada por el aumento de los sectores industriales y financieros y ante los nuevos rivales en la izquierda electoral y sindical, necesitaba más que nunca de flexibilidad. Un consenso se hizo difícil. Por lo demás, no deja

Versión digital : Jorge Rojas Samanez, in memoriam

de ser verdad que el despotismo ilustrado del fundador impidió muchas veces una escisión interna, bastaba la llamada de atención del "hermano y guía mayor" para que las ambiciones de enmendarle la plana se detuvieran, bastaba el gesto, a veces tan sólo la invocación de los viejos tiempos de combate. La identidad, como señala Touraine, es también un rasgo de los populismos sentimentales. Que una organización política pueda ser simultáneamente democrática y autoritaria, a la vez una pirámide y una familia, es una contradicción, pero sería traicionar su naturaleza el olvidarlo. Es el carácter proteico, al que aludía anteriormente.

¿En qué medida la monarquía partidaria de Haya provenía del tipo de relación, tan singular, que estableció entre su existencia y la vida misma del partido si se toma en cuenta su disponibilidad, su estilo de vida? A diferencia de sus hermanos, que también fueron figuras del aprismo, no tuvo familia ni otra ocupación que su partido. Su autoridad provenía de la total entrega, de una disponibilidad ilimitada y por lo tanto exenta de las trabas familiares o sociales de una existencia normal, como si fuera parte de una orden de misioneros. Como ellos, Haya vivió célibe. Es de notar que otros altos dirigentes apristas tuvieron una existencia más convencional, con familia e hijos, aunque la dureza de la persecución y los destierros quebró hogares y alejó deudos. Haya no. Su familia fue el aprismo. Quienes lo detestaban, en especial desde la derecha, levantaron ante este aspecto de su vida una leyenda de homosexualidad que nunca pudo probarse, pese a que un diario limeño pagó agentes para seguirlo por toda Europa en búsqueda de pruebas. A los que lo conocieron, les recordaba no sólo por el ascendiente familiar, sino por la jovialidad y la fortaleza física, la campechanía de los curas vascos. A la disponibilidad sumaba una publicitada pobreza, y esto también recuerda otra característica del retrato weberiano, "la gratuidad de la enseñanza profética". En efecto, vivió de lo que le alcanzaban las cotizaciones de su partido. La figura de Haya no tiene, pues, antecedentes en la vida pública del Perú, ni en otros países latinoamericanos.

Sin embargo, tal profetismo no alcanzó a transformarse en poder legítimo. Hay una fase carismática en otras naciones latinoamericanas, no en Perú. Faltará siempre ese eslabón, una transmisión de lealtades. Del pueblo al Patriarca, de éste a las instituciones. Todas las naciones modernas, incluyendo las europeas y los cuatro dragones del Asia, la han tenido. La senda de la institucionalidad racional tiene oscuros caminos. No se llega, así nomás, al Estado de Derecho. Nos faltará siempre nuestra propia versión del Estado absolutista. El aprismo hayista, en su hora, era acaso la encarnación de esa inevitable legitimidad carismática, "fundada en una entrega extraordinaria, en

el heroísmo y la ejemplaridad de su persona" (Weber, *Ibídem*). De habérsele ungido mandatario, en 1931, 1950, 1963, poco importa, habríamos atravesado un período difícil, una democracia turbulenta, nada nos asegura que enteramente respetuosa de los derechos de la oposición. Así, personalmente me mueve a pensar que si Haya hubiera sido Presidente del Perú y no sólo el monarca sin corona de una fracción de la sociedad política, entonces el país se hubiera educado en el roce de una vieja utopía con la realidad; a veces es necesario realizar los sueños para comprender que sólo son sueños. En términos weberianos, se hubiera transitado de la autoridad a las instituciones y no a individuos y líderes aislados. No fue así. Y algo me dice también que el ciclo populista tiende a repetirse, como hasta el día de hoy, tras Alan García, Vargas Llosa y Fujimori y los que vendrán, intentos por ocupar el pedestal para nadie que dejó Haya.

El lado negativo de esa herencia, en mi opinión, son los paradigmas del liderazgo salvador y mesiánico que ha dejado tras de sí, y no sólo en el aprismo. El profetismo aprista, el primero pero no el último en lo que corre el siglo XX, vino a abrir las compuertas de la movilización popular, ciertamente, pero también las de la tentación autoritaria. ¿Cómo negarlo? La cuasi-obligación, imperiosa por secreta o no confesada, de que un líder de envergadura deberá también ser, en el Perú, un doctrinario. La búsqueda de un poder personal y casi mágico constituye la gran deriva del Perú contemporáneo. Si aquel político fue el centro de un sistema de referencias socioculturales –facilidad de palabra, saber profético, cesarismo partidario–, resulta perfectamente razonable preguntarse por sus secuelas. Pues bien, existe un "efecto Haya". Este no sólo consiste en la difusión de algunos de sus puntos de vista, sino de una conducta, por lo general, excesiva, grandilocuente.

A Haya lo han imitado todos, consciente o inconscientemente. Hablo de los gestos, del manejo de la emocionalidad popular tan importante en toda política, más en la nuestra, de fondo redentorista. Comenzando por Fernando Belaunde, el rival mimético, las mismas clientelas electorales, el mismo propósito reformista, un poco más técnico, menos sulfuroso. Si Haya había elevado a leyenda el lugar secreto desde donde lanzaba órdenes y comunicados en los años de lucha clandestina, el mítico Incahuasi, el arquitecto respondió con Chincheros, un pueblecito cusqueño, convertido en lugar de peregrinación para el acciopopulismo de los sesenta, un aprismo de profesionales medios (la mayoría de sus cuadros venía de provincias) que imitaba al aprismo en casi todo, aunque reemplazando el cóndor de Chavín, muy agresivo, por la pala del agricultor, símbolo de la autoconstrucción campesina. En el fondo, la misma exaltación nativista. Haya está en los gestos de Barrantes orador, que por algo

Versión digital : Jorge Rojas Samanez, in memoriam

fue aprista. Alan García llevó al exceso la mímesis, incluyendo exilios, la autoría de libros teóricos, los contenidos personalistas y el gusto por la truculencia, pero sin adoptar en la vida privada los usos espartanos del fundador. ¡Pero si fueran sólo ellos! Durante años, Haya se paseó por el mundo portando la calidad de "Presidente moral", conviene recordarlo. Mario Vargas Llosa, que conoce el antecedente hayista, y aprovechando el cierre del parlamento por Fujimori, jugó a lo mismo. A encarnar el papel, ante los medios de prensa internacionales, del gran incomprendido. En unos y otros es común la búsqueda maniática de carisma y una concepción absolutamente inmodesta del papel del político.

¿Dejará de concebirse algún día la vida pública en Perú sin la oscura necesidad de sometimiento a un hombre excepcional, o juzgado como tal? No lo sé. El más reciente avatar de esa tradición mesiánica (y tiránica, letal) ha sido, sin duda alguna, el culto en Sendero para con el "Presidente" Gonzalo, entendido como el jefe del "otro Estado", del "verdadero" puesto que popular, y exaltado como el gran sacrificado. Resulta visible el calco de la figura del "Presidente moral" que Haya encarnó repetidas veces, sólo que el Jefe del aprismo lo hizo a partir del reclamo de una legitimidad democrática a la que no ha aspirado, desde lo alto de su pirámide de víctimas, el líder de los senderistas. Que nadie se escandalice, pero sin el antecedente del aprismo no se entiende a Sendero, aunque Guzmán sea una versión chabacana y violenta del tribuno Haya a quien copia, para transformarse, a su modo y en las circunstancias espirituales y materiales pobrísimas del Ayacucho paupérrimo de los setenta, él también, en Jefe de una secta de creyentes, marxistas de la Quinta Espada. Pobre Perú, tan cerca de los mitos y tan lejos de la razón.